

editorcronicas@comercio.com.pe

contracorriente

POR PATRICIA CASTRO OBANDO



ESFUERZOS. El prematuro estrella del hospital Arzobispo Loayza que nació con 600 gramos ya cumplió 6 años. Cuando llegó al mundo, su pronóstico era reservado, pues solo el 90% de los niños que nacen con su peso sobrevive. Su madre no se dio por vencida y lo sacó adelante

Jesús y el milagro de crecer

El pequeño guerrero ha cumplido 6 grandiosos años de edad. Jesús Vilchez Rentería nació el 19 de abril del 2002, con 600 gramos de peso y 31 centímetros de talla. Mantiene el título de prematuro estrella del hospital Arzobispo Loayza, pues hasta el día de hoy es el más pequeño que los médicos han logrado sacar adelante.

La mamá de Jesús no se llama María sino Yessica y la familia procede de Chulucanas, en Piura. Hace casi seis años, ella rozaba los 30 y sentía que ya había esperado lo suficiente para ser madre. A las 27 semanas de gestación, el niño, impaciente, se adelantó.

“Casi no pude distinguirlo cuando nació. Era muy chiquito y no lloraba. Se lo llevaron pronto. Después mi pareja me aseguró que el bebe estaba vivo y en una incubadora. Pero también dijo que probablemente no sobreviviría. No quise creerle”, recuerda Yessica.

El papá de Jesús fue el primero en ingresar a la sala de recién nacidos. Vio al niño en una incubadora y le pareció diminuto. “No señor, ese bebe pesa 900 gramos, el suyo es el de 600”, lo corrigió la enfermera. Yessica fue la siguiente. “Iba rezando todo el camino. Lo encontré tan indefenso que le pedí perdón. Era mi culpa. No le había dado los nueve meses que necesitaba para nacer. Nunca fui una mujer fuerte”. La madre sufría de una malformación cervico-uterina.

El año en que este Jesús vino al mundo, la mortalidad para un niño nacido con menos de 700 gramos era superior al 90%. Más aún, el 50% de los que sobrevivían quedaba con secuelas mayores como parálisis cerebral, retardo mental, ceguera, sordera o problemas pulmonares crónicos, o también con secuelas menores como alteraciones de lenguaje y de motor fino. Según estadísticas, las niñas sobreviven más que los niños.

“Era tan diminuto que la mitad de su cuerpo, incluyendo la cabecita, entraban en la palma de una mano”

Los bebés prematuros presentan un gran número de complicaciones derivadas de su falta de madurez, debido a que no han terminado su crecimiento y desarrollo, y no responden de forma adecuada al medio ambiente. A veces no pueden respirar solos, otras veces se ‘olvidan’ de hacerlo, por lo que necesitan el ventilador mecánico, un aparato que hace las funciones del pulmón. Tampoco son capaces de regular su temperatura, y requieren incubadoras y calor adicional proporcionado por cobertores y lámparas. Como no han madurado, no tienen el reflejo de succión, lo cual dificulta su alimentación y crecimiento.

NOMBRESALVADOR

Después del primer encuentro y frente a un altar en el hospital Arzobispo Loayza, Yessica imploró por su hijo recién nacido: “Dios mío, te entrego a este niño. Si sobrevive –con tu permiso– llevará el nombre de tu hijo amado Jesús”. Y el pequeño guerrero sobrevivió a esta y a todas las otras batallas hasta el día de hoy.

Era tan diminuto que la mitad de su cuerpo, incluyendo la cabecita, entraban en la palma de una mano. No usaba pañales porque desaparecía en ellos. Oparon por los protectores sanitarios femeninos, aquellas diminutas toallas higiénicas. Como todavía la minitoalla era muy grande para el guerrero de 600 gramos, estaban sujetas con un fino lazo alrededor de su torso. Vivía en la incubadora, rodeado de lámparas y recostado sobre una piel de cordero que le brindaba calor.



CHICO FELIZ. Jesús ya alcanzó los 22 kilos (casi 37 veces su peso al nacer) y mide 1,15 m. Es zurdo y posee una memoria prodigiosa.



DE VISITA. Jesús y su mamá Yessica visitaron el departamento de neonatología donde los pequeños luchan por vivir.



EXPERTA. “Son guerreros porque a pesar de tener el mundo en contra luchan por sobrevivir”, dice la doctora Miyasato sobre los bebés prematuros.

A niños como Jesús, el servicio de neonatología los ha bautizado como pequeños guerreros. “Son guerreros porque, a pesar de tener el mundo en contra, luchan activamente por sobrevivir. Se pelean con el ventilador mecánico como diciendo déjame, yo puedo solo y, sin embargo, se tranquilizan cuando su mamá los llama. Esto lo noto en el monitor de funciones vitales. Se aferran a tu mano como diciendo aquí estoy, no me dejes ir”, sostiene la doctora Debbie Miyasato.

A los siete días de nacido, Jesús bajó a 500 gramos, el peque-

ño guerrero empezaba a desaparecer. Presentó casi todas las complicaciones propias de los prematuros: Problemas respiratorios, digestivos, neurológicos, hemorragia cerebral, infección generalizada. La doctora Miyasato conoce cada una de sus batallas: “En cada complicación pensábamos que se nos iba. Pero no, al día siguiente estaba mejor, se peleaba con el ventilador, trataba de sacarse el suero, la sonda, la cánula de oxígeno, protestaba cuando lo examinaban o cuando había que tomarle análisis. Este bebe quería vivir”.

Yessica, al pie de la incuba-

dora, permanecía de 7 de la mañana hasta las 10 de la noche en el hospital. “Una día llegué y Jesús estaba afrontando una crisis. Apreté fuerte el paquetito de toallas higiénicas que traía para tener de qué sostenerme, rememoré la madre. Por la noche lo estabilizaron y lo vi. Háblele, la está escuchando, me aconsejó la doctora. Me acerqué y le dije al oído: Hijito, por qué te vas a rendir ahora que has cumplido tu primer mes de vida. Yo sé que tú eres más fuerte que tu mamá”. Pero esta no fue la última sino la primera de muchas crisis.

GANANDO LA BATALLA

Durante cuatro meses Jesús permaneció internado, aunque regresó de emergencia al menos dos veces más. Tras superar enfermedades, tuvo que afrontar una lista larga de exámenes, procedimientos médicos y hasta cirugías. Después, siguió un largo camino para lograr su recuperación completa. Empezó a alimentarse con leche materna en cantidades tan pequeñas como un mililitro por vez. Las visitas al pediatra, neurólogo, neumólogo, traumatólogo, oftalmólogo eran tan comunes. Luego vino la rehabilitación, estimulación temprana, terapia del lenguaje, tratamiento pulmonar y nutricionista.

“La primera vez apenas pude tocarle el pie, después de un tiempo, la mano, cuando llegó a pesar 1 kilo 200 gramos por fin pude cargarlo. Desde que nació no he dejado de hablarle al oído. Me permitieron llevarlo a casa cuando alcanzó los 2 kilos 200 gramos y 43 cm de estatura. Estos bebitos son de cristal, me dijo la doctora, y así, como un cristal lo he cuidado”, afirma la madre.

La doctora Miyasato asegura que Yessica tiene mucho que ver en este pequeño milagro llamado Jesús. A pesar de ser tan chiquito, el niño se aferró a la vida con mucho ímpetu. “Creo que existe un nexo invisible que jala a los prematuros a este lado dimensional. Aquellos pequeños que nacen con la capacidad de percibir el amor a su alrededor son los que sobreviven, niños como Jesús, a quienes sus madres entregaron a Dios y les infundieron la fuerza necesaria para vivir” explica convencida.

A los 6 años cumplidos, Jesús ha alcanzado los 22 kilos (casi 37 veces su peso al nacer) y mide 1,15 m de estatura. Es zurdo, posee una memoria prodigiosa y puede recitar cuentos de tres páginas. Pero sus manos y sus brazos muestran las huellas y cicatrices producidas por las mismas agujas que le salvaron la vida. Salvo por un ligero problema de pronunciación y miopía simple, Jesús es prácticamente normal, “un inmenso logro considerando el pobre diagnóstico que tenía cuando nació”, destaca la especialista.

“Jesús usa anteojos a partir los 3 años. Desde que se los puso la primera vez, no se los quiso quitar jamás, sorprendido por lo bien que se veían las cosas. Es gratificante escucharlo decir: “Dotodaaa vamo a subinos a tu ascensoor”, cada vez que viene a su consulta”, confiesa la doctora.

Cuando sea grande –como dicen los niños– Jesús quiere ser médico y dueño de un ascensor.

¿Y por qué te gusta tanto el ascensor?, le pregunto a Jesús.

“No sé. Me gusta subir muy alto”, responde.

La doctora Miyasato explica que cada evento fuerte o traumático queda grabado en el subconsciente. Jesús tiene fascinación por apretar los botones de los ascensores. Estos se parecen a los botones de las máquinas que lo mantenían con vida. Tener el poder de hacer funcionar tremendo ascensor con solo apretar un botón, quizás lo hace sentir bien y seguro.

“¿Adónde llevan los ascensores?”, vuelvo a preguntarle al niño.

“Arriba, arriba” –dice Jesús– y apunta al cielo. ■